

ventura galiano

- LEWIS CARROLL -



Dos poéticas de la sinrazón



- FRANZ KAFKA -

INTRAVAGANTES



INTRAVAGANTES



Ediciones EVOHÉ

Evook
Intravagantes

LEWIS CARROLL Y FRANZ KAFKA
Dos poéticas de la
sinrazón

Ventura Galiano

A Matilde

—Pero si yo no quiero estar entre locos... —comentó la niña.
—¡Ah! Pero eso no puedes evitarlo —le dijo el Gato—: aquí estamos
todos locos. Yo estoy loco. Y tú también.

Lewis Carroll,

Alicia en el País de las Maravillas

«Son acusados; todos los que ve aquí son acusados». «¿De verdad?
—dijo K.—. Entonces son colegas míos».

Franz Kafka,

El proceso

La literatura se alimenta de mitos. Por sus galerías desfilan guerreros dispuestos a perder la vida en el sitio de Troya, aventureros embarcados en travesías atlánticas a la busca de succulentos tesoros de zafiros y oro, o mujeres francesas de provincias cuya heroicidad consiste en representar la libertad con una rebeldía sexual más acorde con los tiempos. Aquiles, el capitán Silver o Madame Bovary son arquetipos literarios todavía vigentes porque sintetizan los valores más altos del ser humano: valentía, tenacidad, rebelión... Estos personajes son ficciones, están modelados con palabras, los lectores asistimos al relato de sus singladuras resistiéndonos a apagar la luz de la mesilla de noche cuando intuimos que en la página siguiente algo que no podemos perdernos está a punto de ocurrir.

En la trastienda de la literatura, en cambio, yacen los autores. Después de leer *La isla del tesoro* uno desea conocer hasta el mínimo detalle las andanzas de Robert Louis Stevenson, ese viajero empedernido que trataba de sanar su tuberculosis refugiándose en los mares del Sur; tras *Los crímenes de la calle Morgue* se agazapa un borracho incurable y frágil de la ciudad de Boston llamado Edgar Allan Poe de quien ignoramos si, además del whisky, también le gustaban las ostras o practicar esgrima; si en nuestro altar literario tenemos un hueco entre Dorian Gray y Peter Pan, sin duda depositaremos en él la imagen de Holden Caulfield, y será imposible no acudir a las bibliotecas o a Internet para tratar de comprender si J. D. Salinger creó al joven protagonista de *El guardián entre el centeno* por su propensión al acné o porque fue un taoísta convencido. No menos míticos que sus personajes, los autores captan nuestra atención porque fueron personas de

carne y hueso que, como nosotros, también padecieron dolores de muelas, circunstancias económicas más penosas que boyantes, o bien porque ocultaron el inconfesable vicio de conservar mechones de pelo de sus primeros amores.

Para aproximarnos a la verdadera personalidad de un autor nos vemos obligados a acudir a testimonios que nos expliquen de primera mano cómo se comportaban con los amigos, cuántas cartas escribieron a sus editores o qué palabras empleaban a la hora de cartearse con la persona que causaba sus taquicardias amorosas. A la luz de estas averiguaciones, a menudo descubrimos que las biografías mienten o, al menos, que no dicen toda la verdad. Pero es tan inútil dar por buenos los documentos vitales escritos por estudiosos y críticos, como creer en la fidelidad de las autobiografías, los diarios y las cartas de los propios autores. Porque también ellos alteran en gran medida los sucesos cotidianos, bien dotando de gran trascendencia a los hechos ordinarios para convertirlos en extraordinarios, o bien restando importancia a algunos episodios que, por oscuros, prefieren ocultar, incluso a sí mismos. Con todo, el material que manejamos de autores y biógrafos debería bastarnos para construir unos cimientos sobre los que asentar el carácter de aquellos que un día crearon unos personajes de ficción tan reales que nadie se sorprendería al cruzarse con ellos al salir del ascensor.

No debemos descuidar que también las propias obras exponen algunas facetas de la personalidad del autor, no por sus aspectos biográficos sino porque las narraciones, poemas o novelas, con frecuencia contienen ciertos temas fundamentales que nos permiten inferir los problemas vitales de quien los escribió. Una lectura superficial de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* sugiere que su creador, Lewis Carroll, tenía un sentido del humor muy elaborado pues aderezó el relato de juegos de palabras, acertijos, ingeniosas derivaciones lingüísticas y neologismos que invitan tanto a la risa como a la reflexión.

Pero en las entretelas del cuento se adivina también un tono caracterizado por lo grotesco y por una violencia constante que se vislumbra en personajes como la Reina de Corazones, presta a cortar la cabeza de sus súbditos a la menor ocasión. Este trasfondo de crueldad y antipatía hacia Alicia exige una interpretación literaria que merece contrastarse con la realidad biográfica de su autor.

Llegados a este punto encontramos el primer escollo, porque aunque el plano literario señale a Lewis Carroll como el creador de las *Alicias*, en realidad las escribió un diácono oxoniense profesor de matemáticas y aficionado a la fotografía llamado Charles Lutwidge Dodgson. Así, vida y literatura comienzan a disolverse en un único producto que de entrada es engañoso. El seudónimo apareció por primera vez en 1856 en la revista poética *The Train* y, como era habitual en el escritor inglés, no fue un simple sustituto del nombre sino fruto de un juego de palabras finamente calculado a la manera del Tentetieso: «Cuando yo empleo una palabra (...) significa lo que yo quiero que signifique..., ¡ni más ni menos!» (AL, 316). Antes de llegar al *nom de plume* definitivo, barajó varias opciones: *Edgar Cuthwellis* (por trasposición de Charles Ludwitge); *Edgar U. C. Westhill* (por parecidas razones); *Louis Carroll* y, por último, *Lewis Carroll*, una derivación de Lutwidge = Ludovic = Louis = Lewis y de Charles = Carolus = Carroll.

¿Podemos considerar que Carroll fue el alter ego de Dodgson? Algunos autores han querido explicar el mito que rodea a «Lewis Carroll» atribuyéndole la siempre llamativa doble personalidad. Por un lado, describen al profesor Charles L. Dodgson como el hijo obediente de un severo arcediano de la Iglesia Anglicana que compaginaba sus obligaciones universitarias con la fotografía amateur, un hombre que llevaba un registro minucioso de su correspondencia y que fue un lector voraz de Shakespeare y Coleridge, asiduo de textos religiosos y devoto de Dios, a quien pedía clemencia en el diario con arrebatadas

plegarias e incontables suspiros bíblicos. Sin embargo, este carácter parece no encajar con el mítico Lewis Carroll, símbolo de rebeldía de la sociedad victoriana con una sospechosa debilidad por las niñas, el autor que hoy día aún se recuerda como el precursor del sinsentido, el creador de juegos lingüísticos y laberintos de pesadilla que alumbró las *Alicias* y *La caza del Snark*, el sexagenario que pergeñó *Silvia y Bruno*, una obra filosófica y enrevesada tan ambiciosa como incomprendida.

Pero los trabajos sobre geometría y lógica, que Charles firmaba con su verdadero nombre, no destilan la solemnidad académica de sus colegas oxonienses; al contrario: en cada sofisma, en cada argumentación euclidiana, en cada acertijo que diseñaba para abordar problemas matemáticos (como *Lo que la Tortuga le dijo a Aquiles*, que explica la paradoja del infinito), Charles daba muestras de su agudeza científica sin renunciar a la fabulación ni al sentido del humor. También en su correspondencia abundan las adivinanzas y a menudo distorsionaba la realidad hasta la caricatura para hacer reír a sus pequeñas amigas, destinatarias de las misivas: para leer las cartas a veces era necesario utilizar un espejo pues estaban escritas del revés; otras comenzaban con su firma y la despedida, acabando por el principio; y en alguna utilizó pequeñas ilustraciones que sustituían determinadas palabras (por ejemplo, el dibujo de un ciervo —«*deer*» en inglés— reemplazaba el cordial «querida» —«*dear*»— con que se dirigía a las niñas).

¿Por qué, entonces, Charles L. Dodgson se escondió bajo las pieles de un nombre inventado a la hora de publicar sus poesías y sus cuentos? La idea no fue suya, sino del editor de la revista *The Train*, que le pidió que firmase el poema «Solitude» con un nombre ficticio. Con el tiempo llegaron más poemas aderezados con los mismos tonos melancólicos de amor no correspondido y decadencia romántica. El seudónimo le permitía expresarse con entera libertad sin

necesidad de revelar el nombre que debía a sus ancestros, una herencia cargada de costumbres religiosas y connotaciones ligadas a la universidad de Oxford. Su futuro dependía de su reputación y «Lewis Carroll» le brindaba la oportunidad de separar su mundo académico de sus desvelos poéticos sin sentirse amenazado. Pero Dodgson siempre era Carroll y Carroll nunca dejaba de ser Dodgson.

Franz Kafka, en cambio, nunca utilizó un seudónimo para firmar sus obras, probablemente porque, a diferencia del escritor inglés, no sintió la necesidad de ocultar la autoría de aquellos textos que decían tantísimo de su vida interior. Él mismo escribió a propósito de *El desaparecido*: «mi novela soy yo, yo soy mis cuentos» (CF, 223). La sustancia literaria se mezclaba con la vital dando como resultado narraciones insólitas caracterizadas por la atmósfera onírica, la culpa y la búsqueda constante de nuevos modos de alcanzar la redención. Si Gregor Samsa despertó una mañana en su cama «convertido en un monstruoso bicho» (OC, 87) fue porque a menudo el amanecer sorprendía al praguense después de haber pasado la noche en blanco escribiendo sus propias pesadillas. Es fácil imaginar que también Kafka se sentía como un «bicho» incomprendido porque se aferraba con uñas y dientes a la escritura mientras a su alrededor la vida giraba marcando los pasos de una danza que él no estaba dispuesto a bailar: «Lo que denominamos el mundo sensible —escribió— no es más que el Mal dentro del mundo espiritual» (CF, 19).

Así se forjó el mito que hoy conocemos con el nombre de «Franz Kafka», pero lo cierto es que también existió otro hombre que se llamaba igual y acudía a reuniones de intelectuales en las tabernas de Praga, de ocho a dos cumplía con sus obligaciones de oficinista en una compañía de seguros, e incluso montaba en motocicleta y coqueteaba con jovencitas cuando estaba de vacaciones en el extranjero. Este hombre gastó sus horas insomnes leyendo

a novelistas rusos y a Flaubert; en las tardes invernales de su Bohemia natal se distraía paseando por las callejuelas de la ciudad; en primavera, cuando no iba a nadar a la piscina, se tumbaba en una barca y veía pasar el cielo ante sus pupilas mientras la corriente del Moldava lo arrastraba río abajo. Un amigo que lo vio le dijo después que aquel cuerpo estirado dentro de la barca le había parecido un cadáver flotando en un ataúd. Dicen que la risa de Kafka todavía resuena en el puente Karlův que conduce a Malá Strana.

Una noche de agosto se enamoró de una berlinesa y después de casi trescientas cartas decidió casarse con ella. Buscó un piso, publicó una esquila en el periódico anunciando el compromiso. Creyó ser feliz. Pero el «bicho» que llevaba dentro le pidió que perseverara en su vocación literaria renunciando a las exigencias que conllevaría el matrimonio. Y Franz no pudo desoír el consejo de su voz interior. Dentro de él había dos seres antagónicos que aspiraban a metas diferentes e irreconciliables. El propio Kafka se refirió a esta dicotomía en una de sus cartas a Felice: «Esos dos seres luchan, pero no se trata de ningún auténtico combate en el que cada cual pelea a brazo partido. El primero depende del segundo (...) el primero es feliz cuando el segundo también lo es, y cuando el primero parece que va a salir derrotado, el segundo se arrodilla a su lado y no tiene ojos excepto para él» (CF, 623-624).

Franz quería vivir de acuerdo a lo que se esperaba de él, pero el poderoso Kafka, su yo escribiente, tiraba de Franz hasta hundirlo en una vocación que lo instaba a imaginar relatos tan asombrosos como *La metamorfosis*, tan espeluznantes como *En la colonia penitenciaria* o novelas como *El proceso* o *El castillo* que cortan la respiración del lector porque captan la angustia existencial del ser humano sometido a los oscuros designios del poder.

El correr del tiempo emborrona las biografías elevándolas a la categoría de mitos. Lewis Carroll es, y será siempre, mucho más conocido que Charles L. Dodgson, y el mito lo describe como un ser extravagante, tímido, escurridizo y dado a simpatizar con niñas pequeñas, lo que a menudo se ha intentado explicar diagnosticándole ciertas taras infantiles o freudianas olvidando que también tuvo otras amistades íntimas mucho mayores, incluso casadas. No fue Carroll, sino Charles L. Dodgson, quien para endulzar el paseo en barca de una tarde estival inventó para las tres niñas que lo acompañaban la feliz historia de Alicia y sus aventuras por el País de las Maravillas. Nada de este cuento debe Charles al Carroll de los manuales de literatura.

La mitología literaria también se cebó con el nombre del praguense, que permanecerá unido de un modo irrevocable a un término que expresa la inquietante absurdidad del mundo: «kafkiano». Según sus biógrafos, Kafka fue un ser atormentado y enigmático, enfrentado abiertamente con su padre, un hipocondríaco incapaz de comprometerse si no era con la literatura. No podemos olvidar que estas facetas de su carácter son consecuencia de su enorme sensibilidad. Cuando el mundo a su alrededor amenazaba sus horas de inspiración, él se resistía con todas sus fuerzas anotando en su diario la tremenda piedra que soportaba sobre los hombros o expulsando sus demonios mediante las cartas a los amigos o a sus novias, ese otro reducto de papel y tinta en que el praguense recogió el cúmulo de fuerzas externas que se interponía entre él y la escritura. Pero también supo captar la desesperación ajena, haciéndola suya y tratando de aliviarla con el único recurso del que era capaz: las cartas, esta vez inventadas. En el invierno de 1923, durante su estancia en Berlín con Dora Diamant, Franz vio en el parque Steglitz a una niña desconsolada. Al preguntarle la causa de sus lágrimas, la niña le dijo que había perdido su muñeca. La había estado buscando bajo los árboles, junto a

las numerosas fuentes, había andado y desandado el camino a casa sin encontrarla. Kafka le contó que la muñeca había partido de viaje y que al día siguiente le llevaría una carta firmada por ella. La niña acudió a la cita y Franz cumplió su promesa: en la carta, la muñeca explicaba que se había ido porque el frío de Berlín no le sentaba bien y necesitaba conocer otros lugares tan maravillosos como la casa donde vivía con ella. Durante varios días Franz llegaba al parque donde le esperaba la niña con una nueva carta en el bolsillo del abrigo y, al estilo de los cuentos de hadas que tanto le gustaban, hizo que la muñeca se prometiese con un joven apuesto y valiente que se había enamorado de ella. Le describió el noviazgo, los preparativos para la boda, el hogar donde viviría con su futuro esposo... Kafka consiguió que la niña sonriera ante la felicidad de su muñeca. De nuevo las cartas recuperaban ese poder de seducción que años antes habían avivado la pasión de sus conquistas.

El mito es una lente de aumento que magnifica las debilidades de los autores, revela sus contradicciones y delimita con precisa nitidez unos contornos que tomados a lo largo de toda una vida se mostrarían difusos o inexistentes. El mito reclama la esencia de Charles L. Dodgson y la concentra en Lewis Carroll, así como también destila en el matraz de los documentos biográficos unas pocas gotas del ADN de Franz Kafka para que, al leerlos, podamos reconstruir el alma de aquel praguense que hizo girar el curso de la literatura llevando a los tribunales a un sencillo oficinista bancario por un delito que todavía nadie ha sido capaz de esclarecer.

Queda pendiente aclarar una cuestión crucial: ¿Por qué comparar *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo* de Carroll con *El proceso* de Kafka? La respuesta es el punto de partida de esta investigación, un trabajo que comenzó a gestarse entre sudores fríos, caldo de pollo y un

trasiego de termómetros que nunca bajaban de la tranquilizadora marca que invita a dejar la cama y volver a las rutinas del horario laboral. Para sobrellevar la enfermedad, me abastecí de un buen puñado de libros que en mi infancia y adolescencia me habían permitido superar trances semejantes, fiebres aún más altas, y sudores todavía más helados que los que en ese momento minaban mi bienestar. Después de releer de un tirón las *Alicias*, abrí la primera página de *El proceso* y de repente una chispa iluminó la habitación con un relampagueo que no acerté a comprender si se debía a la fiebre o a un descubrimiento insólito: ¿no era el sueño de Josef K. el mismo sueño de Alicia con veinte años más, transportada esta vez al mundo de los adultos? ¿Eran las alucinaciones de una mente con las facultades mermadas por las aspirinas o verdaderamente aquellos laberintos de los negociados del tribunal kafkiano podían compararse con los laberintos del País de las Maravillas carrolliano?

Cuando el mercurio del termómetro recuperó su posición más conveniente para enfocar de nuevo todas aquellas ideas nacidas en un estado febril, y por tanto, incierto, volví a leer una vez más aquellos libros, llegando a una conclusión: la comparativa no solo era posible, sino que además, a la luz de los acontecimientos vitales que llevaron a sus autores a escribirlas, las semejanzas adquirirían mayor relieve y las diferencias parecían las dos caras que forman parte de la misma moneda.

La mirada de este libro se centra en descubrir si esa moneda es real o fruto de los episodios febriles de un agradecido lector de los cuentos de Lewis Carroll y de las narraciones de Franz Kafka.

CHARLES Y FRANZ

INFANCIA DE LEWIS CARROLL

Para comprender el modo de vida que marcaría el destino de Charles Lutwidge Dodgson no podemos descuidar la herencia recibida de sus antepasados, una familia dedicada generación tras generación a las labores parroquiales en el seno de la Iglesia Anglicana, ejerciendo de clérigos, cuando no de obispos, e instruyendo a sus descendientes en las Sagradas Escrituras y en los clásicos latinos e ingleses.

Siguiendo la estela familiar, su padre, Charles Dodgson (1800-1868), se había graduado con veintiún años en lenguas clásicas y matemáticas en la universidad de Oxford, estudios que culminaron con la concesión de una beca que le permitía residir en el Christ Church impartiendo clases durante el resto de su vida con una doble condición: debía recibir órdenes religiosas y permanecer célibe. A los veinticuatro años fue ordenado sacerdote, cumpliendo así el primer compromiso. Sin embargo, al casarse en 1827 con su prima Frances Jane Lutwidge (1803-1851) rompió el acuerdo necesario para mantener la beca y se vio obligado a aceptar el puesto de coadjutor en la iglesia de Daresbury. En este pequeño pueblo de Cheshire a treinta y cuatro kilómetros de Liverpool nació Charles el 27 de enero de 1832. Fue el tercero de los once hijos del matrimonio, siete mujeres y cuatro varones.

Los primeros once años de la vida de Charles transcurrieron en la granja de Daresbury, tan aislada que «hasta el paso de un carro era motivo de gran interés para los niños» (CO, 21). En ella correteó por los extensos maizales de la contornada, jugó con libélulas y mariposas,

domesticó sapos y orugas, amansó tarántulas, experiencias que modelaron su carácter tanto como el arraigado ambiente religioso de la casa familiar y que sin duda más tarde influirían en su imaginación y lo llevarían a transformar estos pequeños animales de jardín en verdaderos personajes para sus *Alicias*.

Aunque su padre fue un hombre severo en lo concerniente a rectitud moral y educación religiosa, no carecía de ingenio y a menudo le gustaba aderezar las cartas que enviaba a sus hijos con juegos de palabras e imágenes grotescas, una divertida faceta que también marcó la personalidad del pequeño. Pero no todo era diversión en la granja de Daresbury: el cabeza de familia deseaba que sus hijos siguieran sus pasos ingresando algún día en la universidad de Oxford y abrazaran los preceptos de la Iglesia, por ello se encargó personalmente de la instrucción de sus hijos varones con un plan de estudios que consistía en matemáticas, latín y literatura inglesa sin excluir lecturas de la Biblia los domingos y oraciones diarias tanto por la mañana como por la tarde.

Charles se interesó pronto por todas estas materias, mostrando una especial predilección por las matemáticas. Era un niño despierto aunque también testarudo y no aceptaba una negativa por respuesta, así que después de pasar una tarde tratando de comprender sin éxito las tablas de logaritmos buscó la ayuda de su progenitor, quien lo disuadió de su empeño porque según él aún era demasiado joven para entenderlos. Sin temblarle el pulso, Charles replicó: «Sí, pero explíquemelos por favor» (CO, 23). Esta anécdota añade al carácter soñador de aquel niño que corría detrás de culebras y saltamontes una temprana inclinación por aprender lo desconocido. No es difícil imaginarlo pluma en mano, extendido en el campo sobre su cuaderno de apuntes, con un libro abierto sobre la hierba, recitando de memoria largas frases en latín mientras de

cuando en cuando entrecerraba los ojos y veía o creía ver un fugaz conejo blanco escondiéndose en la maleza.

Charles fue un joven de personalidad estoica, romántico y al mismo tiempo racionalista, de carácter muy semejante al de un personaje tan ilustrado como Voltaire y tan entusiasta como Goethe.

Como era habitual en la época victoriana, la educación de las hijas corrió a cargo de la madre, quien, además de cuidar de la familia, ayudaba a su marido en las tareas parroquiales. Era bondadosa, tierna y especialmente dulce en el trato con sus pequeños, tal como puede apreciarse en estas líneas de una carta que dirigió a Charles: «Siempre estoy pensando en ti y estoy deseando volver a tenerte a mi lado más de lo que puedo expresar con palabras (...) Me ha encantado saber, querido Charlie, que se te está dando tan bien el latín y que cometes poquísimos errores en tus ejercicios», añadiendo, antes de la despedida, «1.000.000.000 de besos» (CO, 23-24). El tono cariñoso de la carta, las felicitaciones por los ejercicios de su hijo, así como la dulcísima recompensa de los mil millones de besos, dejaron una huella indeleble en el carácter de Charles, hasta el punto de que en la correspondencia que se intercambiaba con sus amigas siendo ya adulto siempre enviaba miles, decenas de miles o millones de besos, o por el contrario, haciendo gala de un finísimo humor, administraba pequeños pedazos de beso, medios besos o bien tres cuartos de beso.

Cuando Charles cumplió once años su padre aceptó nuevas obligaciones en la rectoría de Croft, en Yorkshire. El traslado significó un gran cambio para la familia, pues aquella casa era mucho más espaciosa que la de Daresbury y disponía de un gran jardín en donde el pequeño pudo continuar con sus aficiones.

En las proximidades de Croft había, además, una estación de ferrocarril. La visión de la locomotora echando un gran humo negro y resonando por todo el pueblo con sus silbidos

cautivó tanto a Charles que enseguida se puso manos a la obra para construir su propia línea férrea en el jardín de la rectoría con un par de ruedas de carretilla y un barril como vagón para trasladar pasajeros. Pero viajar en esta línea doméstica no era gratuito ni aburrido. Debemos al propio Charles las ingeniosas normas de uso y disfrute del tren: si uno no disponía de dinero para pagar el billete tenía que ganárselo «preparando té para el jefe de estación (que bebe té durante todas las horas del día y de la noche) o bien moliendo arena para la compañía (el uso que hacen de ella no estamos obligados a contarlos)» (RK, 14-15). Había tres normas como ésta, lo cual revela que Charles sintió desde niño un aprecio desmedido por las reglas, el orden y la lógica, temas que aparecerán años más tarde ampliamente desarrollados en sus cuentos y poemas, como el artículo cuarenta y dos citado por el Rey en el juicio de *Alicia en el País de las Maravillas*: «Todas aquellas personas que midan más de kilómetro y medio deberán abandonar la sala» (AL, 222).

En este mundo abierto al cielo de Croft, Charles se convirtió en un joven aplicado, muy alto y delgado que, en el escaso tiempo libre que le permitía su padre, inventaba juegos o componía relatos, poemas y dibujos con los que llenaba las páginas de revistas familiares que después iban de mesa en mesa por la rectoría. De esta época se conserva un pequeño folleto titulado *Useful and Instructive Poetry* que contiene dieciséis poemas decorados con sus correspondientes dibujos. Si bien el joven Charles no era un genio de la poesía, sus primeras composiciones demuestran cierto talento con los juegos de palabras y un gusto refinado para el humor y la parodia. También era dado a escribir fragmentos teatrales que luego representaba ante el reducido público familiar en un escenario que él mismo construyó. Su devoción por el teatro nace por tanto en esta época infantil y no la abandonará hasta su muerte.

Con trece años dejó la casa familiar para estudiar en un internado de Richmond, una localidad a dieciséis kilómetros de Croft. Por primera vez en su vida se encontró viviendo lejos de la instrucción paterna, sin el cariño cercano de su madre y hermanos, ni el ambiente de diversión y ensueño propios de una infancia sin más preocupación que ver crecer la hierba entre lectura y lectura de la Biblia. En Richmond sufrió las primeras bromas de otros jóvenes de su misma edad que se ensañaban con él debido a su tartamudez congénita y a la sordera del oído derecho (que su madre atribuía a una fiebre infantil) pero, al estar alojado en casa del director del colegio, la experiencia no fue tan dramática como cuando al año siguiente se trasladó a Rugby, donde permaneció interno desde enero de 1846 hasta 1849.

Su estancia en Rugby supuso un nuevo reto para él: su timidez, su sensibilidad, la reserva de su propio mundo interior junto con sus ganas de aprender y su sentido de la responsabilidad lo situaban por delante de sus compañeros en las materias intelectuales, lo que chocaba con la naturaleza casi siempre violenta de los otros chicos. Contaba con la experiencia de Richmond, pero el hecho de tener que dormir en compañía de jóvenes no tan sensibles ni creativos y bastante más crueles que él, añadía un grado de complejidad a su despertar al mundo. No es de extrañar que sus compañeros de clase lo tomaran como objeto de sus burlas más procaces: aceptar ser el Rey de los Zapateros le costó una paliza de puntapiés, zapatazos y violentos empujones no menos salvajes que el mordisco que le propinaron cuando, tan valiente como ingenuo, caminó con los ojos cerrados y el dedo apuntando al centro de una lápida del cementerio donde le esperaba la temible dentadura de su condiscípulo. Pero Charles no se arredraba con facilidad y pronto saldó todas estas novatadas describiéndolas a sus hermanas en cartas que derrochaban humor y sinceridad a partes iguales.

En este clima provinciano y amenazante, con catorce o quince años, llegaron los primeros elogios académicos: recibió varios premios en historia, matemáticas, textos bíblicos, latín y composición en lengua inglesa, y el mismísimo jefe de estudios alabó las facultades del joven Charles con unas palabras que cualquier madre victoriana enmarcaría para colgarlas en la pared entre el vestíbulo y la cocina: «Sus conocimientos matemáticos son excepcionales para su edad (...) y su examen para el premio de teología fue una de las mejores argumentaciones que he visto en mi vida» (CO, 35). Charles se había adaptado perfectamente tanto a las materias escolares como a la dura convivencia con los otros chicos sin amedrentarse ni vacilar. Es natural pensar que su padre también estaría orgulloso de él.

Con las expectativas paternas cubiertas, Charles podía dedicarse por entero a satisfacer las propias siempre que volvía a casa para pasar las vacaciones de verano o las navidades. De esta época datan dos revistas familiares manuscritas cuya distribución se limitaba a la residencia de Croft: *La revista de la rectoría* (1848) y *El paraguas de la rectoría* (1850). En ellas publicó poemas humorísticos y relatos que después ilustraba con divertidos bocetos en los que representaba escenas de la vida cotidiana, animales, musas y poetas. La simplicidad de estos dibujos rozaba lo infantil, sin embargo dominaba la profundidad, el encuadre y las tres dimensiones y evocaba con idéntico esmero gestos de sorpresa, inocencia, burla o sarcasmo.

Los escritos de este periodo creativo reflejan huellas evidentes de las muchas lecturas que lo habían acompañado durante sus horas de asueto: los poemas de Coleridge, Tennyson, o Wordsworth, las novelas de Scott, o los dramas de Shakespeare, sin olvidar el *David Copperfield* de Dickens, cuyo argumento le parecía «un poco pobre, pero algunos de los personajes y escenas son muy buenos» (DC, 17).

Al terminar sus estudios en Rugby en 1849, regresó a Croft para preparar durante un año el examen de ingreso en Oxford. A pesar de la influencia y de las amistades que había cosechado durante su época de estudiante universitario en el Christ Church, Dodgson padre no tuvo que interceder para que su hijo consiguiera una plaza. En mayo de 1850 se entrevistó con el censor y poco después fue aceptado por su propia valía y por su expediente académico como miembro de pleno derecho de la universidad, adonde se trasladaría en enero del año siguiente.

Desde su infancia en Daresbury, Charles había tomado a su padre como modelo de conducta y rectitud moral, siguiendo el camino para el que estaba predestinado: convertirse en un serio don oxoniense, profesor de matemáticas o de lenguas clásicas que, en el mejor de los casos, terminaría ordenado sacerdote de la Iglesia Anglicana y formando una familia quizá tan numerosa como la de sus progenitores. Con dieciocho años estaba preparado para perpetuar el modo de vida de sus antepasados y parecía que no podía ocurrir nada que lo alejase de dicha expectativa. Sin embargo, la vida le reservaba sorpresas y desencantos que el joven aspirante a toga y birrete ni siquiera podía imaginar.

INFANCIA DE FRANZ KAFKA

Los antecedentes familiares de Franz Kafka tienen dos vertientes muy diferentes entre sí. Por un lado, su padre, Herman Kafka (1852-1931), provenía de una familia humilde de Wossek, un pequeño pueblo de Bohemia del Sur. Era un hombre alto y robusto, con la espalda ancha y de complexión tan fuerte como la de su padre, un carnicero *kosher* del que se decía que podía levantar un saco de harina con los dientes (B, 12). Debido a la escasez económica y las duras condiciones de vida, desde muy pequeño tuvo que trabajar transportando carne en una carretilla a los pueblos colindantes. Es probable que aprendiera alemán básico en la escuela judía de Wossek, pues la lengua de las familias poco adineradas era el checo, a diferencia del alemán que era el idioma de las clases medias y altas. Como tantos otros judíos que buscaban fortuna emigrando a las capitales del imperio, Herman abandonó su pueblo natal a los catorce años para dedicarse al comercio ambulante. Después de cumplir el servicio militar se estableció definitivamente en Praga, donde abrió su propio negocio de ropa y accesorios para caballeros con varios empleados a su servicio, con la esperanza de alcanzar cierta prosperidad económica y ganarse el respeto social, unos privilegios impensables para sus antepasados.

En cambio, la madre de Franz, Julie Löwy (1856-1934), nació en el seno de una familia acomodada de la burguesía judío-alemana en la ciudad de Bad Poděbrad, cerca del río Elba. Su abuelo materno había sido un hombre muy instruido en la cultura judía, tanto que dejaba de lado sus negocios para dedicarse al Talmud. Cuando a los veintiocho

años murió su madre a causa del tifus, su padre, Jakob, se trasladó a Praga con su nueva esposa. El primer matrimonio le dejó cuatro hijos —entre ellos Julie— y el segundo, dos. De los cinco hermanos de Julie, cuatro fueron comerciantes y uno médico.

Los Kafka eran enérgicos, fuertes, descendían del proletariado checo de provincias y aspiraban a conquistar el escalafón social que creían merecer con perseverancia y tesón; mientras que los Löwy eran cultos y refinados, piadosos expertos en las cuestiones judías, la mayoría tuvieron la oportunidad de cursar estudios superiores, otros levantaron sus propios negocios o emigraron al extranjero buscando otro tipo de fortunas.

Estas notables diferencias calaron en la personalidad de Franz. Él se sentía un Löwy, pero se veía obligado a comportarse como un Kafka.

Herman y Julie se casaron en 1882. El 3 de julio del año siguiente nació Franz Kafka en el límite entre los barrios Altstadt y Josefstadt de Praga, tercera ciudad en importancia del imperio austrohúngaro junto con Viena y Budapest. Después de Franz, llegaron otros dos niños que murieron al poco de nacer; en septiembre de 1889 nació Elli (Gabrielle), justo un año más tarde, Valli (Valerie) y en octubre de 1892 la pequeña Ottila (Otilie). Las tres sobrevivieron a Franz pero fueron asesinadas en los campos de exterminio nazis en fecha desconocida.

La madre de Kafka era una mujer serena y bondadosa que pasaba la mayor parte del día ayudando al marido en el negocio y dedicaba las noches a jugar a las cartas con él. Estas sesiones de naipes, que se extendían hasta bien avanzada la noche entre ruidos, silbidos y discusiones alborotadas debidas a los lances del juego, introducían en la casa un clima poco propicio para la reflexión y la lectura del incipiente escritor, que veía en el sonido de un batín arrastrado por el suelo un motivo de irreverente distracción.

Herman no quiso que sus hijos sufrieran las privaciones que lo habían sacudido a él mientras acarreaba carne y vendía baratijas de saldo entre lluvias y nieve de pueblo en pueblo. A base de frío y dolor de espalda había logrado instalarse en un estilo de vida acomodado y luchaba tenazmente por mantenerlo. Con sus padres durante todo el día regentando la tienda, Franz tuvo que acostumbrarse a vivir en un ambiente de progreso paulatino entre institutrices, cocineras y trasiego de muebles de piso en piso, cada uno más cerca que el anterior del centro de Praga, hasta la residencia definitiva en un ático con ascensor y vistas al Moldava de la Niklasstrasse, 11, que confirmaba definitivamente la posición social de los Kafka (WP, 55).

La educación primaria de Franz transcurrió en la escuela del barrio de Fleischmarkt. Las fotografías de infancia muestran a un niño de fisonomía frágil, pelo negro y una inocente sonrisa bajos sus ojos grandes y serenos, se diría que interrogativos, a menudo predispuestos a la ensoñación. Su vocación literaria se inició en estas fechas de timidez y reserva en las que escribía escenas de teatro breves que sus hermanas representaban con gozo, una costumbre «que se mantuvo hasta su época de estudiante universitario» (K, 75).

Esta temprana inclinación hacia las cuestiones artísticas encontró un obstáculo en su padre, que quería hacer de él «un muchacho fuerte y valiente» (CP, 43), más Kafka que Löwy, un cabecilla de las habituales peleas entre los estudiantes checos y aquellos que recibían una educación alemana, un hijo que en el futuro pudiera secundarlo en la tienda y que con suerte ampliara el negocio abriendo nuevos establecimientos por toda la ciudad. La idea de un niño poco corpulento, entusiasta de aventuras navieras y tesoros perdidos que aborrecía la gimnasia, frustraba sus propias ambiciones y, como contrapartida, con el tiempo terminó frustrando también las de Franz.